

CAPÍTULO XXI

REFORMADORES ITALIANOS.—ANTITRINITARIOS.

El géneo de la reforma se había manifestado en Italia antes de estallar en otras partes; y si conformándose á las circunstancias y al carácter nacional, fué democrático en Suiza, calistino entre los husitas, los valdenses y los wiclefitas, aristocrático en Dinamarca, regio en Alemania, manifestóse en Italia literato y racionalista. Jordano Bruno, Gerónimo Cardan y otros se habían atrevido á tocar las cosas sagradas con el audaz escalpelo del raciocinio; y las dos escuelas de los platónicos y de los aristotélicos si no hostilizaban á la religion, prescindian de ella, y sostenian en nombre de la filosofia ya la mortalidad del alma, ya la inspiracion individual; no eran seguramante herejes, sino paganos, como si no hubiese sonado aun la palabra evangélica.

Pomponazzi, 1462-1526.—Pedro Pomponazzi, de Mántua, admirador de Aristóteles, que se hallaba atormentado con los dolores de Prometeo en la incertumbre de la verdad, observando que la investigacion de ésta hace que el vulgo se burle de los sabios, y que los inquisidores los persigan, considera necesaria la duda (1); y se figura que ni los dogmas ni la disciplina de la Iglesia le deben impedir el disputar; tanto más cuanto que no trata de la metafísica, sino de la moral. Así pues, lanzó los argumentos más deslumbradores para demostrar que el alma es mortal; ó por mejor decir, que con la razon no puede llegarse á demostrar su inmortalidad, el libre albedrío ni la Providencia; por lo demás se confiesa sumiso á la tradicion religiosa, y tiene fe en ella. En el tratado *De incantationibus* quiere que nos atengamos á la naturaleza, siempre que los razonamientos sean suficientes para explicar los fenómenos por muy extraor-

(1) *De fato*, III, 7.

dinarios que sean, y él mismo lo hace con muchos sucesos prodigiosos y con muchos milagros, excepto los del Evangelio, sirviéndose de las teurgias á que recurrian los aristotélicos por medio del raciocinio y los platónicos de la contemplacion. Según él todo está eslabonado en la naturaleza y los acontecimientos del cielo con los de la tierra; por lo cual las revoluciones de los imperios y de las religiones dependen de las de los astros. Los taumaturgos son físicos consumados que preven los portentos naturales y las ocultas relaciones del cielo con la tierra, y se aprovechan de los momentos en que están suspensas las leyes ordinarias para fundar nuevas creencias; cuando la influencia cesa, cesan los prodigios, caen las religiones y sólo quedaría la incredulidad si nuevas constelaciones no produjesen nuevos prodigios y taumaturgos.

Su tratado *De la inmortalidad del alma* fué refutado por muchos escritores, y quemado públicamente en Venecia, y sin embargo fué defendido por el cardenal Bembo en la corte del papa Leon. A la verdad, Pomponazzi era el filósofo más influyente de su siglo (2); y cuando un profesor principiaba sus acostumbradas explicaciones, le interrumpian los jóvenes gritando: *Habladnos de las almas*, para conocer al momento su opinion en las cuestiones fundamentales. Muchos escritores de aquel tiempo prueban que aquellos pensamientos no eran un hecho aislado; entre ellos, Simon Porta, Lázaro

(2) MATTER, (*Hist. des découvertes morales et politiques des trois derniers siècles*) levantó hasta el cielo á Pomponazzi por haber establecido la ley de la perfectibilidad humana, el progreso de las instituciones y la doctrina de independencia de los tiempos modernos. Son sofismas dignos del que llama bárbara á la Italia de la época de Leon X.

Bonamico, Julio César Escaligero, Jaime Zabarella y César Cremonino, el cual destruía de un modo terminante y antifilosófico la transaccion de Pomponazzi entre la fe católica y la ciencia filosófica, diciendo: *Intus ut libet, foris ut moris est*, y que aun desde el sepulcro trató de protestar contra la inmortalidad, haciéndose él mismo este epitafio: *Hic jacet Cremoninus totus*. Dejando aparte á los demás, citaremos á Maquivelo, que fué el más famoso, y que no creía en Cristo, aunque sí en la astrologia.

Una vez empeñada la lucha religiosa, la reputacion de los literatos italianos hizo que los innovadores extranjeros aspiraran á su sufragio y trataran de estender sus escritos por el país que habitaban, al mismo tiempo que la vivacidad de los espíritus italianos hacia que estuviesen anhelantes de conocer las nuevas predicaciones (3). Francisco Calvi de Menaggio (Minicio), librero de Pavia, envió á pedir á Froben de Basilea las obras de Lutero, y las estendió por Lombardia. Hizose en Venecia una reimpression anónima de su *Pater*, y tambien de los *Lugares comunes* de Melanchton, cuyo nombre se desfiguró en Hippofilo de Terranegra, después del *Catecismo* de Calvino y del *Comentario* de Martin Bucer sobre los salmos, bajo el nombre de Arezio Felino. Del mismo modo circulaban sin inconveniente las obras de Zwingli, con el nombre de Corizio Cogelio, y otras de otros heresiarcas. Las nuevas opiniones se habian difundido tanto entre los militares como entre los estudiantes alemanes, que iban á Italia á concluir su educacion, y entre los italianos que pasaban á las universidades de Alemania; Bembo y Sadoleto tenían amistosa correspondencia con Melanchton, que era tenido por un gran erudito.

Encontraban asentimiento los innovadores entre aquellos que en tan gran número reprobaban los abusos de la corte de Roma. Después, la corte de Ferrara, á la que Renata de Francia, hija de Luis XII y mujer de Hércules de Este, habia llevado aquellas opiniones de su patria, se convirtió en un verdadero foco. Calvino y Marot permanecieron allí por algun tiempo; los disidentes fueron acogidos, y aquella pequeña iglesia subsistió hasta 1550. Pero la Inquisicion empezó á levantar la cabeza y muchos ferrareses, además de los condenados, tuvieron que salir de su patria (4); Fran-

(3) Puede consultarse sobre la reforma de Italia.

TIRABOSCHI, t. X, pág. 56c.

TOMÁS MAC CRIE. *Historia de los progresos y estincion de la reforma en Italia en el siglo XVI, con un compendio de la historia de la reforma entre los grisonos* (inglés), 1830.CANTÚ, *Storia della città e diocesi di Como* (lib. VIII), y *Revoluzione della Valtellina nel secolo XVI*.(4) Olimpia Morata, que habia tenido que huir de allí, escribia desde Heidelberg: *Ferraria crudeliter, in Christianos animadverti intellexi, nec summis nec infimis parci, alios vinciri, alios pelli, alios fuga sibi consulere*. Favore-

cisco Stancaro de Mántua fué á predicar á Polonia; Mateo Gentile y dos hijos suyos profesaron en Obford y Altorf; á los que hay que añadir Guillermo Gratarola, médico de Bérgamo, y otros muchos del reino de Nápoles (5).

La libertad de desaprobacion los actos de la Santa Sede disminuía los rencores, que se hubieran exasperado si hubiesen estado comprimidos. Los italianos, hombres de imaginacion, mal podian recibir un culto que rechazaba las exterioridades, y aquellas artes que formaban parte de las de su patria. Veian que el papado daba importancia á la Italia, que le llevaba dinero, personas, negocios; que todos los principes y casas ilustres tenían parientes en las prelaturas y en el sacro colegio; que éstos disfrutaban pingües beneficios y ejercian influencia, y que aun los literatos encontraban Mecenas y protectores en los papas y cardenales. El interés que era lo que impulsaba á casi todas las naciones, era precisamente lo que detenía á los italianos, sobre los cuales vigilaban además la autoridad eclesiástica. Estos son, en nuestro concepto, los motivos humanos por los cuales se redujo á un corto número el amor á novedad, y no participaron de él la plebe ni los principes. Sin embargo, se equivocaría el que creyese que no tuvo extension ni eficacia.

El cardenal Sadoleto se lamentaba de que el papa no hubiese advertido la defeccion de los ánimos, ni que se hallaban dispuestos á sublevarse contra la autoridad eclesiástica (6); el cardenal Caraffa declaraba á Paulo III que la herejía luterana habia infestado la Italia y seducido no sólo á personas de alta clase, sino hasta muchos sacerdotes (7); y las jactanciosas esperanzas de algunos apóstatas dicen más aun. En 1536 escribia Paulo III al obispo de Módena que se habia descubierto en Milan una reunion de personas elevadas de ambos sexos, que profesaban los errores de Bautista de Crema (8). Celio Curione de Turin, arrastrado por libras de Lutero, marchó á Alemania con Juan Cornelio y Francisco Guarino, que después llegaron á ser ministros protestantes, luego

cieron tambien la Reforma algunas otras mujeres, como Manrica de Bresegna, natural de Nápoles, Lavinia Orsina de la Rovere, y Magdalena y Querubina, de la misma casa; Elena Rangone Bentivoglio y Julia Gonzaga, condesa de Fondi, á quien Valdés dedicó los comentarios de los salmos.

(5) Acerca de los protestantes de Nápoles puede verse á Giannone, VIII, 120.

(6) RAYNALD, ad 1559. A Renata la llama Brucioli en su dedicatoria de la *Biblia alma santissima*; José Betussi en la adición á las *Mujeres ilustres* de Bocaccio la alaba mucho por su religion, lo mismo que Juan Francisco Virginio de Brescia, al dedicarle sus *Cartas*, llenas de frases protestantes (dice Fontanini), y la Paráfrasis de las epístolas de san Pablo.

(7) SPONDANI, ad ann. 1543.

(8) RAYNALD, ad ann. 1539.

manifestó ideas luteranas en Milan y en el Piamonte, pero no fué obstáculo para que se le nombrase profesor de Pavia (9).

Fray Bernardino Ochino de Siena se había formado la reputación de excelente predicador; Carlos Quinto decía de él: *Haria llorar las piedras*; y Bembo: «Hace enloquecer todas las cabezas; hombres y mujeres se vuelven locos; ¡qué elocuencial ¡qué autoridad!» Los libros de Lutero le enseñaron á buscar en las Sagradas Escrituras lo que convenia á sus pasiones; pero no habiéndole hecho cardenal el papa, comenzó á declamar contra él, después de lo cual le entró miedo y huyó á Ginebra. Pero no pudiendo resignarse á creer en Calvino, el que se había negado á creer en la Iglesia universal, le fué preciso huir, maldecido y perseguido. En fin, de error en error, se vió reducido á sostener la poligamia.

En Bolonia, que era centro de los estudios y de la juventud, propagó tales novedades Juan Mollio de Montalcino, del Orden de Menores (1533); y aparece de la correspondencia de los señores extranjeros que muchos las aceptaron, y que un caballero estaba dispuesto á levantar seis mil soldados si se hacia la guerra al papa (10). Nació en Florencia el excelente predicador Pedro Mártir Vermiglio, que habiendo conocido los libros de Zwingle, se dedicó á difundir sus dogmas en union de dicho Mollio, estableció una iglesia en Nápoles, otra en Luca y otra en Pisa (11); hasta que hallándose poco seguro, huyó á Estrasburgo, donde fué profesor. También huyó de Florencia (1550) Miguel Angel, fraile predicador, que abogó por la Reforma en los grisonos é imprimió una *Apología, en que se trata de la verdadera y falsa Iglesia, del ser y cualidades de la misa, de la verdadera presencia de Cristo en el sacramento de la Comunión, del papado y primado de San Pedro, de los Concilios y de su autoridad*, etc.

En Módena, que se halla tan próxima á Ferrara, se había formado una academia contaminada con los errores luteranos, á cargo del médico Grillenzoni; y en 1540 llegó á aquella ciudad Paulo Ricci, que se hacia llamar Lisias Fileno y era hombre erudito y decidido por los dogmas reprobados; inspirando tal osadía, que por todas partes se hablaba públicamente de él. Habiendo sido preso y conducido á Ferrara, se retractó; pero la semilla creció y se veía especialmente en la burla que se hacia de los predicadores, de tal suerte, que ya no se hallaba quien quisiera ir á predicar. Roma acudió á remediarlo y envió un formulario de fe para que los sospechosos le suscribiesen, como lo hicieron algunos, entre otros el obispo Egidio Fos-

(9) STUFANI, *Oratio de Calii Secundi Curionis vita*.

(10) SECKENDORF, *Historia luteranismi*, tom. III, páginas 68, 69, 579.

(11) SIMLERT, *Oratio de vita P. M. Vermilii*.

carari, el célebre cardenal Morone y Luis Castelvetro.

Este excelente ingenio había traducido los *Lugares comunes* de Melancton, que fueron impresos en Venecia y quemados después por el verdugo. Luego emprendió el miserable litigio de que hemos hablado, con Anibal Caro, y fué acusado de herejía; por lo cual culpado ó no, huyó á Chiavenna donde encontró una honrosa hospitalidad y sepultura (12).

En la misma ciudad de Chiavenna permaneció mucho tiempo Gerónimo Zanchi, canónigo regular de Alzano, en el territorio de Bérgamo; hizo imprimir en Ginebra seis tomos de obras teológicas, que le dieron gran crédito: decíase también que él solo bastaba para combatir á todos los padres del concilio de Trento. Agustín Mainardi, que escribió la *Anatomía de la misa y Satisfacción de Cristo*, vivió y murió también dentro de aquellos muros. El juriconsulto Jacobo Acconcio, de Trento, huyó con el romano Francisco Belti á Zurich y luego á Estrasburgo, y recibió repetidas señales de estimación de Isabel de Inglaterra, á la cual dedicó sus célebres *Estratagemas de Satanás en la religion* (Basilea, 1565), obra traducida á varias lenguas, en la que se esfuerza á reducir á pequeñísimo número los dogmas esenciales del cristianismo, con objeto de producir una tolerancia mútua entre las diferentes sectas.

Ya hemos mencionado á Pedro Pablo Vergerio, nuncio del papa en Alemania, que se había lisonjeado de convertir á Lutero. De vuelta á Roma y mal recompensado, tal vez ya por sospecha, fué nombrado obispo de Capo d' Istria, su patria, en donde se dedicó á corregir los abusos eclesiásticos; lo cual pareció una impiedad á sus rivales. Su conducta fué muy denigrada por Muzio y por della Casa. Habiéndose presentado al concilio de Trento, y no habiendo obtenido audiencia, huyó á la Valtelina, donde el despecho ó la necesidad le trasformaron en un innovador furioso (1555): escribió con violencia contra los prelados, contra el concilio, y propagó muy eficazmente la Reforma. También hubo otro Vergerio, Juan Bautista, obispo de Pola que apostató.

Panizzi ha reimpresso, en la edición inglesa del *Rolando enamorado*, un opúsculo de Vergerio (Basilea, 1554), en el que afirma que Berni se ha servido de aquel poema, como de un velo, para dar curso á las nuevas doctrinas, que sin embargo se eliminaron con la muerte del autor: cita en su apo-

(12) La piedra de su sepulcro que aun se conserva, dice: *Dum patriam ob improborum hominum savitiam fugit, post decennalem peregrinationem tandem hic, in libero solo liber moriens, libere quiescit*. En 1823 se encontraron emparedados en una casa del ducado de Módena que había pertenecido á los Castelvetro, unos sesenta libros de Reformados, de las primeras ediciones, los cuales fueron adquiridos para la Biblioteca de la casa de Este. Los manuscritos que los acompañaban se dejaron perder.

yo diez y ocho estancias que forman el prólogo del vigésimo canto, y todas están en sentido protestante; dedujo de esto el editor que las doctrinas luteranas eran entonces tan comunes en Italia en la clase ilustrada, como las opiniones liberales lo son en el día. Esta es una prueba incierta, pero que no es nueva; porque otros escritores habían ya querido contar entre los reformados á Trissino, á Alamanni y á Manzolli (*Zodiacus vitae*), cuyos escritos hormiguean de invectivas contra el clero, y también á Victoria Colonna y otros. Sin razón se confunde á los que reprueban los abusos, con los que proclaman solemnemente la protesta fundamental de la razón individual como único intérprete del código sagrado. Pallavicino habló de Marco Antonio Flaminio como seducido realmente por aquellas doctrinas, aunque en sus últimos años, la conversión del cardenal Polo le hizo volver en sí, escribir y morir católicamente.

De los muchos á quienes se acusaba de herejía algunos hablaban mal de la corte de Roma sin querer por esto destruirla; otros pedían una reforma del clero; otros la depuración del culto; otros emitían de palabra ó por escrito errores de que si era culpable el entendimiento, no lo era la voluntad. Los que con intención iban en pos de las novedades se inclinaban más á Zwingle que á Lutero, porque aquél había escrito en latín y era más lógico; pero en breve se presentó la cuestión de la presencia real, y Lutero á quien preguntaron los innovadores de Venecia sobre el asunto, contestó con injurias contra Zwingle y Ecolampade, llamándoles doctores contagiosos y falsos profetas.

Venecia se sostuvo siempre contra los pontífices (13) profesando que sus ciudadanos «eran venecianos antes que cristianos.» La recelosa política de aquella aristocracia llegaba hasta temer que los sacerdotes no adquiriesen con la práctica de la virtud demasiada influencia sobre el pueblo (14). La misma libertad de comercio que hacia que acogiesen bien,

(13) Se ve por los escritos de fray Pablo, sobre todo en sus cartas á Priuli, embajador cerca del emperador, que la república de Venecia hacia poco caso de las inmunidades eclesiásticas. Habiendo publicado un fraile en Orzi un libelo contra el gobierno, le hizo poner preso, quitándole de las manos el santo sacramento que había cogido para su seguridad. Habiendo sido condenado á muerte un sacerdote de la Marca, la señoría envió á decir al patriarca le esclusera de las órdenes; y como titubease, algunos propusieron al consejo que lo mandase precisamente; otros representaron que de este modo se retardaría en lo futuro el curso de la justicia, y en su consecuencia, fueron de parecer, de que el sacerdote fuese enviado al suplicio sin ser degradado. Hay también otra consulta de fray Pablo sobre la cuestión de saber: *Si el muy alto consejo de los Diez debe examinar los acusados eclesiásticos con intervencion del vicario del patriarca*, y sostiene la negativa.

(14) La razón de Estado no quiere que los sacerdotes sean muy ejemplares, porque serian demasiado respetados y amados de la muchedumbre: *Discurso aristocrático sopra il governo de signori veneziani*: Venecia, 1670, p. 116.

tanto á los armenios como á los turcos y judíos, favorecía la indiferencia que se manifestaba muy generalmente en aquella época. Brucioli publicó en Venecia su Biblia traducida á la lengua vulgar en sentido luterano. Ochino predicaba allí en 1542. Pedro Mártir Vermiglio permaneció mucho tiempo, en Pádua; y hubo en Treviso una asamblea de innovadores, y otra en Vicenza, en 1546, donde tuvieron una conferencia en número de cerca de cuarenta, que pretendían llevar la Reforma más allá que los protestantes. En 1520 escribía el caballero alemán Burcardo Scenti á Spalantino, capellan del elector de Sajonia, que Lutero era estimado en Venecia, y que sus libros circulaban por la ciudad, aunque los había prohibido el patriarca; que el Senado no queria permitir la publicación de la excomunión contra Lutero, y no lo hizo hasta que el pueblo salió de las iglesias (15). El mismo Lutero se congratulaba de que tantos de aquella ciudad hubiesen «acogido la palabra de Dios» (16), y tenia correspondencia con el docto Santiago Ziegler que la seguía con un calor extraordinario; al paso que desde allí se dirigían exhortaciones á Melancton para que no vacilase en la fe ni frustrase las esperanzas de los italianos (17). Trabajó mucho para propagar la Reforma Baldo Lupetino, de Albona, por cuyo consejo huyó á Alemania el ilirico Mateo Flacio, su pariente, donde ocupó un lugar preferente en las *Centurias magdeburguesas*. Baltasar Altieri, de Aquila, que se hallaba establecido en Venecia y era agente de muchos príncipes alemanes, difundió los libros y las ideas; y tanto crecieron, que en 1538 Melancton exhortaba al Senado á que permitiera se estableciese una iglesia (18).

El autor del *Discurso aristocrático sobre el gobierno de la señoría veneciana*, dice, en efecto, que cuando muere un luterano ó un calvinista, permite que se les entierre en una iglesia, y que los curas no tienen escrúpulo de ello. Añade: «No he conocido nunca ningun veneciano que sea sectario de Lutero ó Calvino, pero sí de Epicuro y Cremonini, en otro tiempo profesor de la primera cátedra de filosofía de la universidad de Padua, el cual asegura que procediendo nuestra alma del poder de la simiente, como la de los animales, es en su consecuencia mortal. Los sectarios de aquella perversa doctrina son los primeros ciudadanos de aquella población, y aun hay varios que toman parte en el gobierno.»

Sarpi, 1552-1623.—No hay nadie á quien se pue-

(15) SECKENDORF, *Hist. luteranismi*, tom. I, p. 115 y 116.

(16) LUTHERS, *Samtliche Schriften*, tom. XXI, página 1092 (edic. Walch); MELANCTON, *Op.* col. 598, 835, etc.

(17) CÆLESTINI, *Act. Comit. Aug.* tom. II, p. 274; tomo III, pág. 18.

(18) *Epistola*, col. 150.

da contar más voluntariamente entre los protestantes que al religioso servita Pablo Sarpi, de Venecia. Fué uno de los mejores talentos de aquella época, y los setecientos pensamientos que ha dejado manuscritos prueban cuánto sabía de geometría, álgebra, astronomía, física, mecánica, aerometría, arquitectura, etc. Teólogo de la república de Venecia, la cuestión que tuvo con el papa le condujo á examinar el derecho, y á disminuir, con razonamientos y autoridades, la influencia del pontífice sobre los negocios civiles. Aunque no escribió sobre estas cuestiones sino por orden (19), consiguió penetrarse de ellas tan vivamente, que el carácter más pronunciado de su polémica fué su aversión á la Santa Sede. Atacar su autoridad no era dar pruebas de valor en una república que se había levantado siempre enérgicamente contra las pretensiones papales. Por lo demás, aunque insultando al pontífice, adulaba á Felipe II, creyendo que reduciría á su obediencia la Europa y el Africa, y convertiría á París en una aldea. Manifestábase al mismo tiempo el humilde servidor de los nobles de su país cuando pasaba por libre pensador; y adulándolos y haciéndose el campeón de opiniones interesadas, era como se formaba reputación de valor.

Ya se ven cuáles eran sus sentimientos con respecto á la libertad por ciertas constituciones que había proyectado para su orden, en las que no titubea en recurrir al tormento, y por las tiránicas medidas que sugiere á la república. La autoridad de los Cuarenta, en la que se juzgaba por consulta, le desagradaba, y á lo más la toleraba en los negocios civiles; quería que en los criminales el consejo de los Diez, que excluía los debates, tuviese que conocer en todo (20). Ya hemos tenido ocasión de decir con qué infamia sugería oprimir á las colonias de Levante. Quería que se limasen á los griegos los dientes y las uñas como á fieras, que se les humillase con frecuencia, que se les quitase toda ocasión de aguerrirse, y que se les redujese á pan y palo, dejando la humanidad para otras circunstancias, que se procurase despojar de sus privilegios á los ciudadanos de las provincias de Italia, y empobrecer á sus habitantes para que sus bienes fuesen comprados por los venecianos; que á aquellos que en los consejos municipales se mostrasen más entusiasmados se les perdiese ó ganase á cualquier precio; y si entre ellos se hallaba algún jefe

(19) Grisellini dice en la *Vida*, ó más bien en la *Apolo- gía de fray Pablo Sarpi*, que «nunca, cuando fué elegido consultor, puso mano á ninguna obra sin un motivo de interés público, es decir, ó para defender el derecho soberano de los príncipes ó para autorizar la santidad de sus prescripciones.» p. 78. Dice además, hablando de otra obra: «Fué emprendida por nuestro autor, conforme á las miras públicas.» P. 101, y *passim*.

(20) *Opinion de fray Pablo sobre la manera que debe gobernarse la república para conseguir la dominación perpetua*, etc.

de partido, se le esterminase con cualquier pretexto, evitando servirse de la justicia ordinaria; el veneno, según él, es menos odioso y más útil que el verdugo. El mismo dice «de pocos años á esta parte salen todos los días multitud de libros que enseñan que no hay otro gobierno de Dios más que el eclesiástico; que el secular es profano y tiránico al mismo tiempo que una persecución contra los buenos permitida por Dios; que el pueblo no está obligado en conciencia á obedecer las leyes seculares ni á pagar tributos ni otros gravámenes públicos; que siempre que se pueda hacer una mala acción sin ser descubierto, es lo mismo que si se hiciese buena: que las gabelas y contribuciones públicas son en su mayor parte inútiles é injustas, y los príncipes que las imponen están escomulgados; en una palabra, que los príncipes y magistrados están representados y puestos en concepto de los súbditos, por impíos, escomulgados é injustos; que es necesario tenerlos á la fuerza, pero es lícito en conciencia hacerlo todo para sustraerse de su tutela.» Y concluye proponiendo una ley restrictiva sobre imprenta.

Era secundado por fray Fulgencio Micanzio, de Brescia, que predicaba con gran atrevimiento, hasta el punto de hacer que dijera su celoso partidario el médico Asselino: «Parece que Dios ha dado á la Italia otro Melanchton ú otro Lutero (21).

El mismo fray Pablo Sarpi, en su escrito titulado: *Consuelo del espíritu en la tranquilidad de la conciencia sacado del buen modo de vivir en la ciudad de Venecia durante el pretendido entredicho del papa Paulo V*, propone las cuestiones siguientes: 1.^a Si la autoridad de escomulgar reside en el pontífice y en la Iglesia. 2.^a Cuáles son las personas sujetas á la excomunión, y los motivos por qué se ha de emplear. 3.^a Si la excomunión es susceptible de apelación. 4.^a Si el pontífice es superior al concilio ó viceversa. 5.^a Si el príncipe legítimo puede ser privado de sus Estados por causa de excomunión. 6.^a Si se incurre justamente en la excomunión poniendo obstáculos á la libertad eclesiástica. 7.^a En qué consiste esta libertad, si solo se extiende á la Iglesia, á si también lo hace á las personas que forman parte de ella. 8.^a Si la posesión de las cosas temporales pertenecientes a la Iglesia es de derecho divino. 9.^a Si una república ó un príncipe independientes, pueden ser privados de su Estado por excomunión. 10. Si el príncipe secular tiene una acción legítima para percibir los diezmos del clero, y un poder también legítimo para mandar lo que es útil á la república, sobre los bienes y personas eclesiásticas. 11. Si el príncipe secular tiene por sí mismo autoridad para juzgar á los eclesiásticos que dependen del pontífice. 12. Hasta dónde se extiende la infalibilidad del pontífice. Cualquiera presume con facilidad qué soluciones daría el fraile á estas preguntas.

(21) *Memorias de MORNAY*, X, 292 (Paris, 1825).

Durante esta querrela con Paulo V, el gobierno veneciano usó de grandes rigores contra los que querían obedecer á Roma, y se le felicitó de ello por los protestantes. Sostenido el embajador inglés por el célebre Bedell, su capellan, reunía en su derredor á los innovadores. Aun después que la república hizo su paz con el papa y volvió á ser bendecida por él, Bedell escribía á Diodati: *Ecclesia venete reformationem brevi speramus*; y le exhortaba á volver á ella, donde le aguardaban con impaciencia su embajador y fray Paolo. Diodati informó de ello á Duplessis Mornay, jefe de los calvinistas franceses, diciéndole que trabajaba en su sentido hacia ya dos años; que varias cartas le representaban á Venecia como un país reformado, donde se pronunciaban discursos muy libres, sobre todo por fray Pablo, por fray Fulgencio Micanzio, de Brescia, y por Bedell, añadiendo que parecía se estaba en Ginebra según el modo con que se predicaba; que el descontento contra el papa continuaba, y que las tres cuartas partes de la nobleza se habían unido ya á la verdad. Diodati encontró á su llegada á Venecia las cosas mucho menos avanzadas de lo que aguardaba (octubre, 1608). Decía que las esperanzas eran grandes, y que aquellos dos religiosos empleaban todas sus fuerzas en la obra; pero que el respeto á los frailes estaba aun muy arraigado (22). En fin, confiesa que «ha descubierto el fondo del sentimiento de fray Pablo, y no cree en la necesidad de una profesión de fe precisa, en atención á que Dios quiere el corazón y la buena inclinación.» No se puede decir, en efecto, que sea luterano ni calvinista; más bien es racionalista.

Continuó siempre, sin embargo, diciendo misa; falta saber si creía en ella. Bastaría verle no reconocer ninguna otra autoridad que su propia razón, y en su consecuencia andar siempre en busca de la verdad sin encontrar donde descansar, para atestiguar su tendencia al protestantismo, si no nos proporcionase pruebas directas (23).

(22) Encuéntrase estos detalles en las *Memorias y correspondencias de Duplessis Mornay*. Véase también *Blicke in die Zustände Venégi zu aufang des XVII jahrhunderts*, en las *historische politische Blätter für das Katholische Deutschland*. Munich, 1843.

(23) Si no fuera bastante prueba su *Historia*, se encontrarían otras en sus cartas impresas en Verona en 1673. Deplora en la cincuenta y tres, la muerte de Sully diciendo que le amaba por su firmeza en la religión. Después de haber hablado de un tal Marsilio, probablemente protestante, añade: *Creo que si no fuera la razón de Estado, se encontraría más de uno que saltaría desde este foso de Roma á la cima de la Reforma. Pero el uno teme una cosa y el otro otra. Parece, pues, que Dios tiene poca parte en los pensamientos humanos, sé que me comprendéis sin que diga más.* Carta 81, febrero de 1612. Dice además hablando de Jacobo I: *Si el rey de Inglaterra no fuera un doctor, podría esperarse de él algún bien, y sería un gran principio, porque la España no puede ser vencida si no se separa el pretexto de la religión, y no lo será mientras no se in-*

De Liquez, compañero de Diodati, se expresaba de esta manera: «Fray Pablo me asegura que conocí en el pueblo á más de doce ó quince mil personas, que en la primera ocasión se volverían contra la Iglesia romana. Estos son los que han heredado de padres á hijos el verdadero conocimiento de Dios, ó restos de los antiguos valdenses. Entré la nobleza, un gran número ha abierto los ojos á la verdad; pero no les conviene se les nombre, hasta que llegue el momento de manifestarse. Lo que prueba que aunque escomulgado fray Pablo, ha recibido la orden de continuar celebrando la misa.» Añade que abiendo exigido los sacerdotes de sus penitentes, antes de absorberles, la promesa de obedecer al papa en caso de nuevo entredicho, el gobierno los ha preso, y «puesto en lugar donde después de la unión han hecho morir más sacerdotes y otros eclesiásticos, que antes en cien años.» (24)

Las maniobras empleadas para sublevar al país continuaban siempre con ayuda de fray Pablo, que decía: *Materia adest apud multos, sed forma deficit*; y temía que fuese difícil conseguir alguna cosa sin una guerra. En su consecuencia deseaba que la Francia atacase al Milanésado, lo que llevaría al otro lado de los Alpes tanto á los hugonotes como á los miembros de la comunión evangélica, tanto alemanes como suizos, y con ellos á los predicadores. «Si hay guerra en Italia, todo irá bien con respecto á la religión, que es por lo que la teme Roma; sucumbiría la inquisición y el Evangelio tendría su curso.» (25) Anudáronse, pues, las inteligencias con los insurrectos de los Países Bajos, que enviaron un embajador á Venecia (26) donde su recepción mejoró mucho la posición de los innovadores.

Estos últimos contaban con la enemistad de En-

roduzcan los reformados en Italia; ahora bien, si el rey supiese manejarse, esto sería cosa fácil, tanto en Turin como aquí. Carta 88.

(24) *Memorias de MORNAY*, X, 142.

(25) *Idem*, X, páginas, 386, 390, 443, 456, 546. Véase también á Curraier, en la *Vida de fray Pablo*, á la cabeza de su traducción de la *Historia del concilio de Trento*, página 66. Pocos días antes del asesinato de Enrique IV. Sarpi escribía aun: *Nulli dubium quin, sicut Ecclesia Verbo formata est, ita Verbo riter reformetur. Attamen, sicuti magni morbi per contrarios curantur, sic in bello spes: nam extremorum morborum extrema remedia. Hoc mihi crede... Non aliunde nostra salus provenire potest.* Obra de fray Pablo, VII, 79. En la historia secreta de la vida de Sarpi publicada por Zeretti en 1802 hay ciento veinte cartas escritas por aquél á los heterodoxos.

(26) Mornay escribía el 3 de octubre de 1609 á aquel embajador, que le pedía recomendaciones para Venecia: «No puedo dároslo mejor que la del venerable padre Pablo, director de los mejores negocios... en quien hallareis gran prudencia y mayor celo por Dios; pero es necesario incitarle, en fin, á que uno sea superior á otro. Teneis también al padre Fulgencio, admirable profesor que es todo fuego.» Mem. 393.

rique IV con la casa de Austria, y se lisonjeaban de que les proporcionaría una ocasión favorable; pero cuando menos se lo esperaban, hizo aquel príncipe pasar á la señoría de Venecia una carta de Diodati al pastor Durand, en París, en la que les ponía todo lo que se había hecho hasta entonces en Venecia; designaba como unidos á la reforma á los principales personajes, y anunciaba que dentro de poco tiempo, sus esfuerzos y los de fray Fulgencio se verían coronados por el éxito; que si el papa se obstinaba, Venecia se separaría de la Iglesia católica, lo que deseaban ya el dux y varios senadores (27). Vióse entonces obligado el gobierno á atender al peligro; los papistas llevaron la ventaja; y Sarpi, que lo sintió, cayó en el desaliento, de lo cual le reprendió con aspereza Mornay, añadiendo, que si continuaba dejándose abatir de aquella manera, moriría antes de ver cumplida su obra (28).

Estas eran las cosas de que se ocupaba Sarpi: con respecto á su apostasia, no la creemos, aunque no cese en su correspondencia de dar á la corte de Roma los nombres de prostituta, bestia y Babilonia. Es cierto que su *Historia del concilio de Trento* (29) fué uno de los golpes más fuertes que se dieron entonces á la religión. Trabajó mucho tiempo con asiduidad, y pudo haber á las manos

(27) Este hecho combatido con osadía por Voltaire y por Daru como una bajeza indigna de Enrique IV, está probado en las Memorias de Duplessis Mornay, ya citadas.

(28) Carta del 6 de marzo de 1671. *Memoria*, X, 169.

(29) «Mi proyecto es escribir la *Historia del concilio de Trento*, porque, aunque varios historiadores célebres de nuestro siglo hayan tratado de algunos hechos particulares en sus escritos, y que Juan Sleiden, autor muy fiel, haya referido con estremado cuidado las causas anteriores, todas estas cosas juntas no bastarían á una completa narración.

»Tan pronto como me interesé en los negocios humanos, tuve gran curiosidad de saber el todo de ellos. Ahora bien, después de haber leído con cuidado lo que se hallaba escrito, los documentos públicos impresos y los manuscritos que circulaban, me dediqué á buscar en los papeles que quedaban de los prelados y demás personas que habían asistido al concilio, los recuerdos que habían dejado, los votos ú opiniones pronunciados en público, conservados por sus propios autores, y las cartas informatorias (instrucciones) escritas desde esta ciudad, sin descuidar cuidados ni fatigas. Fuí bastante feliz para conseguir ciertos registros llenos de notas, y cartas de personas que habían tenido mucha parte en aquellas cuestiones. Habiendo, pues, recogido cuantas cosas pueden proporcionarme una materia muy abundante para relatar lo que ha pasado, he resuelto coordinarlas.

»Contaré las causas y las intrigas de una asamblea eclesiástica promovida y solicitada por unos, teniendo que vencer obstáculos y siendo diferida por otros, en el trascurso de veinte y dos años, por motivos diferentes; después, durante otros diez y ocho años, tan pronto emplazada como disuelta, celebrada siempre con diferentes fines, que ha tomado una forma y dado un resultado enteramente contrario al designio de los que la han provocado, y á los temores de los que no han perdonado medio para interrumpirla. Manifestación evidente de la necesidad de ser

preciosos documentos, y las relaciones de los enviados de Venecia; pero las dispuso más bien para producir efecto que para ilustrar la verdad, sin tener escrúpulo de alterarlas. Conservó en una época de impetuosas diatribas una apariencia de tranquilidad, como un hombre que no razona sino sobre los hechos y los documentos, de que se sirve para hacer impresión en las personas sin experiencia, tanto más, cuanto que despliega un estilo claro y fácil, y sabe dar interés con rasgos de talento picante á una materia árida por sí misma (30). En ella se aparta enteramente del principio católico, porque desea la interpretación individual de las Sagradas Escrituras, sin hacer caso de la tradición, rechaza los libros deuterocanónicos, desprecia la Vulgata y separa de la base patristica la exégesis, del mismo modo que los reformados; en cuanto al pecado original, á la Gracia, á la justificación y á los otros dogmas, copia palabra por palabra al teólogo Martin Chemnis, uno de los más encarnizados contra el concilio. Sólo en la Iglesia primitiva es donde pretende hallar el verdadero cristianismo; por lo que á ella recurre siempre en las cuestiones de creencia y disciplina, condenando como cosas meramente humanas todas las instituciones que la Iglesia crea en su siempre activa vitalidad. Por esto no es histórica ni eclesiástica su institución de la gerarquía, de la jurisdicción espiritual, del primado, de la teología escolástica, del monacato y otras semejantes. La gerarquía no se consolidó sino por ambición; y á consecuencia de la debilidad é ignorancia de los príncipes, su influjo no produjo ninguna utilidad

perdonado de sus pecados por Dios, y no confiar en la prudencia humana.

»En efecto, aquel concilio deseado y provocado por los hombres piadosos para unir á la Iglesia que comenzaba á dividirse, ha establecido de tal manera el cisma, y hecho tan tenaces á los partidos, que las discordias se han vuelto irreconciliables; trabajado por los príncipes para obtener la reforma del orden eclesiástico, ha causado la mayor deformidad que ha habido desde que existe el nombre cristiano. Esperado por los obispos para recobrar la autoridad episcopal, que había pasado en gran parte á manos de solo el pontífice romano, se la ha hecho perder enteramente, reduciéndolos á mayor servidumbre. Temido al contrario por la corte de Roma como medio eficaz de moderar su exorbitante poder, al que había llegado por grados hasta un exceso ilimitado, lo ha establecido y confirmado sobre la parte que aun le está avasallada, que nunca ha sido tan grande ni ha echado tan profundas raíces.

»No parecerá, pues, extraño se le llame la *Ilíada de nuestro siglo*.» Sarpi al principio.

(30) Botta, que no obstante le copia con toda extensión y se inspira con sus rencores, se ve precisado á confesar «que el odio acerbo que fray Pablo tenía á la corte de Roma le hacía algunas veces profesar erradas opiniones y una ironía mordaz hasta el exceso.» L. XVI.

Fray Pablo fué defendido en la *Justificación de fray Pablo Sarpi, ó Cartas de un sacerdote italiano á un magistrado francés*, etc., París, 1811, que son del genovés Eustaquio Degola.

á los pueblos, antes bien les causó opresión y tiranía. El clero no sólo ejercía las ciencias, las artes y la humanidad en la Edad Media, sino que disfrutaba en beneficio propio de los productos de los colegios y de las escuelas.

Por último, Sarpi, aun cuando no abrazó un símbolo protestante, se opuso, sin embargo, al dogma católico, y estableció una regla que debía conducir á la herejía y al racionalismo. Propio de él era querer que la Iglesia se hallase sometida á la dirección territorial, lo cual ejecutó tomando por modelo á los primeros tiempos, en los que las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya pagano ó judaico, debían ciertamente ser muy distintas de cuando adquirió completo desarrollo. Por tanto, anticipó aquellas ideas que en el siglo anterior llegaron á su apogeo, relativas á la independencia de los príncipes de toda autoridad eclesiástica, las cuales manifestó Febronio y ejecutó José II; por cuyo motivo dijo Ranke, que los príncipes deben estar muy agradecidos á Sarpi, porque consolidó su poder absoluto, y mucho más los enemigos del catolicismo á quienes dió unas armas tanto más perjudiciales cuanto que fueron suministradas por un católico. Como representante y tipo del partido anti-eclesiástico, venció todos los obstáculos que se opusieron á la realización de su pensamiento; si no por odio, á lo menos por sistema y por el capricho de escribir una obra de forma católica en que cada línea fuese un dardo envenenado contra la Iglesia católica, sacando de tal principio todas las consecuencias, y formando la primera historia escrita con ánimo espreso de denigrar, aplicada á todos los hechos que el escritor no examina, pero que reúne. De este ejemplo, puede deducirse también cuán unidos están siempre el dogma y la Iglesia, y cuánto se engañan aquellos que combatiéndola con violencia declaran que no tiene relación con él.

Nos le pintan por lo demás como un hombre muy íntegro, asiduo al estudio, ocupado constantemente en coleccionar los hechos para pensar después á su modo. Atacado cinco veces por asesinos y herido una, exclamó: *¡Reconozco el estilo de la corte de Roma!* frase que estuvo en boga, é hizo que el vulgo adoptase la opinión de que aquel golpe era dado por los jesuitas.

Pallavicino, 1607-67.—Roma pensaba, sin embargo, rechazar sus ataques de otra manera: encargó al cardenal Pallavicino Esforcia, jesuita, escribir también una historia del concilio. Es uno de los mejores escritores en aquel estilo aderezado que se introdujo entonces, estilo más elegante y estudiado que el de sus predecesores. Está, sin embargo, distante de la vivacidad de Sarpi; además de la desventaja que resulta para él por estar reducido á defenderse, y rechazar á cada momento la opinión de su antagonista. Donde Sarpi es sutil, maligno y feliz por su gracia en la exposición, aunque incorrecto en el lenguaje, es Pallavicino ingenioso; pero como emplea excesiva arte y

procura formar giros armoniosos, ahoga los pensamientos en las frases y se hace oscuro; ni uno ni otro son imparciales: aquél queriendo denigrarlo todo, éste defendiéndolo todo.

Por otra parte, Sarpi tomó de los escritores anteriores, como Pablo Jove, Guicciardini, de Thou, Adriani, y principalmente de Sleidan, á quien con frecuencia tradujo; pero los ha completado con ayuda de relaciones originales y añadido sus propias observaciones; además, la animación continua de su estilo que evita el fastidio que los otros producen, no deja notar sus errores y contradicciones. Esplota los documentos nuevos de que se sirve en sentido de su oposición sistemática y de los intereses políticos de su país, burlándose de continuo de la corte de Roma y de sus pretensiones, sin conocer que era no obstante la espresión de aquella restauración religiosa que acababa de comenzar.

El libro que le opuso el cardenal Pallavicino se remonta á los primeros tiempos de la Reforma: el autor pudo consultar los más ricos archivos, es decir, los de Roma; y al revés de Sarpi, indica continuamente la naturaleza y títulos de sus documentos. Da después una lista de los errores de hecho, que ascienden á trescientos sesenta y uno, sin contar una infinidad de otra clase refutados, dice, de paso. Ranke, escritor protestante que ha confrontado sus asertos con los documentos en que se apoya, declara sus extractos de una escrupulosa exactitud, y aunque algunas veces se engañó como sucede en la polémica, ha querido escusarlo todo, debilitar lo que no podía negar, y pasa en silencio algunas objeciones y documentos. De todos modos es más instructivo que Sarpi, si bien este es leído con más gusto, como sucede generalmente con los escritores que critican; pero es en extremo triste para los que tratan de averiguar la verdad verse obligados á recurrir á dos fuentes, ambas sospechosas de parcialidad.

El dalmata, Marco Antonio de Dominis, que, jesuita á la edad de veinte años, se formó un nombre en Pádua como profesor de elocuencia, filosofía y matemáticas, fué designado por Rodolfo II para el obispado de Segna en Dalmacia, y habiendo sufrido graves dificultades, pidió y obtuvo el arzobispado de Espalatro. Su vivacidad le producía en todas partes cuestiones: escribió en favor de los venecianos contra Paulo V; y como sus obras fueron reprobadas por la inquisición romana, pasó á Inglaterra anunciando la intención de trabajar en reunir las diferentes sectas cristianas; pero en realidad iba á buscar libertad en sus estudios y en su profesión. Publicó allí la historia de Sarpi con un prefacio y notas que la hacían más peligrosa, y obtuvo una favorable acogida del teólogo rey Jacobo Estuardo. Pero, fuese remordimiento ó ligereza natural, subió un día al púlpito á retractarse, lo cual le hizo perder todo su crédito. Gregorio XV, que había sido su discípulo, le invitó á volver; y verificado esto, abjuró sus errores en un